

NAPOLEÓN

REFLEXIONES

DRPS
FA
6



UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitaria



0500763335

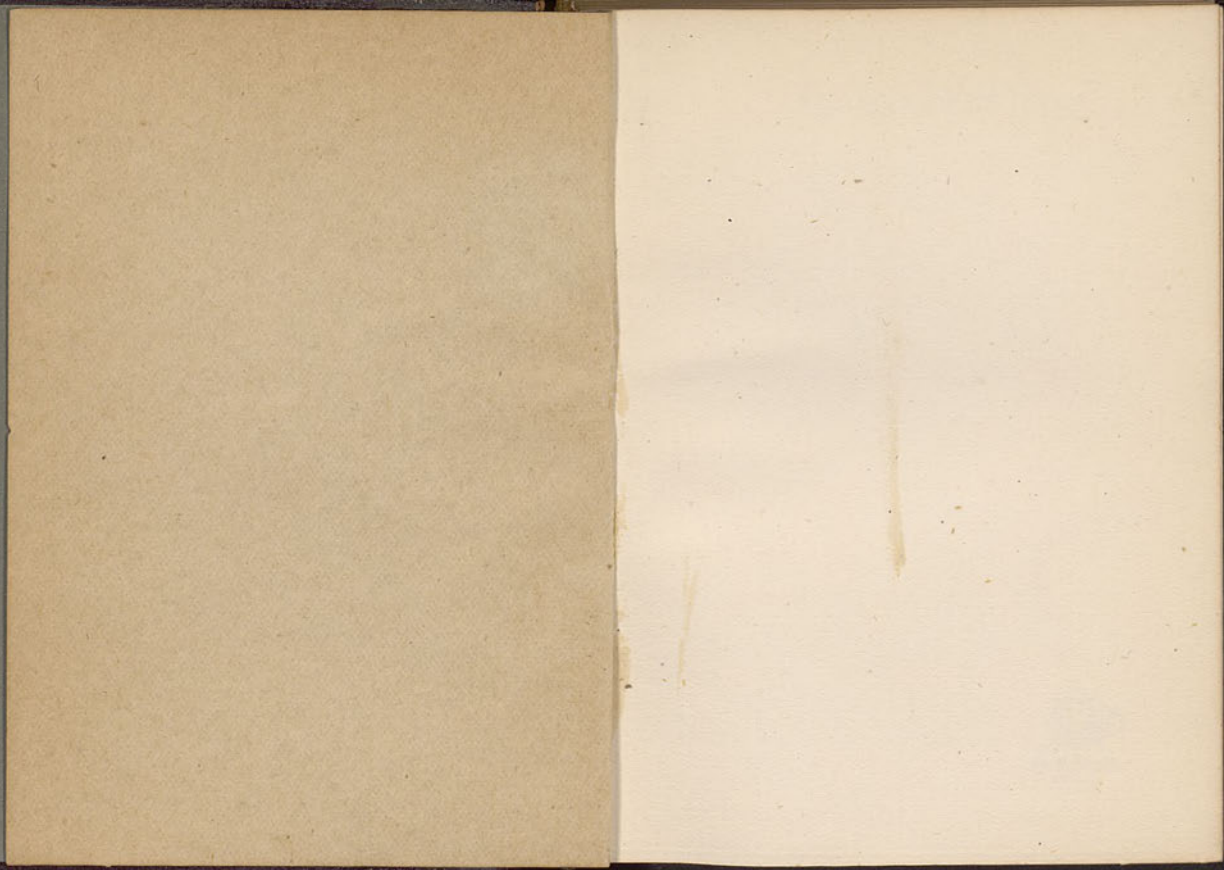
1948

NAPOLEON

REFLECTIONS

1948

35 plan



EL DRPS FA/0006

COP: 0500763335

COLECCIÓN «MÁS ALLÁ»

REFLEXIONES EN SANTA ELENA



NAPOLEÓN BONAPARTE

REFLEXIONES
EN SANTA ELENA



AFRODISIO AGUADO, S. A. - MADRID

COPYRIGHT BY AFRODISIO AGUADO, S. A. - MADRID, 1948

Traducción del francés, de JOSÉ VERGA

Portada e ilustraciones de MAIRAYA

PRÓLOGO

AFRODISIO AGUADO, S. A. - MADRID



EN sus horas amargas de la isla de Santa Elena, terriblemente estáticas para él, Napoleón Bonaparte medita sobre el fracaso de su gloria.

Son horas densas, de negrura honda y quietud reflexiva; horas de evocación forzada y de forzada desesperanza. Pero el espíritu se recoge y eleva. Siente el desinterés de su expansión—porque ni vanidad ni vanagloria le reclaman—, y



da lo mejor del pensamiento a través de una experiencia. Como nada espera, nada encubre. Como nada precederá ambiciona, ningún móvil inmediato le guía. Es la hora de las sinceras confesiones, sin temor al adversario y sin el egoísmo de los medros inconfesables. La hora de verdad, auténtica, para el hombre.

El Corso recapitula su vida y hace balance de su paso por el mundo. Y en esta coyuntura brotan sus últimas reflexiones—que vais a leer—, día a día, en silencioso eco de recuerdos y en apartado evocar de fragores.

Nos le imaginamos preso—inmóvil de pública acción—, en esta isla perdida del Atlántico, sobre la cual no luce aquel claro sol de la isla de Elba, luminoso de esperanzas. ¡Qué lejos aquella posibilidad de fuga y desquite, soñada en el dulce mar Tirreno, entre la próxima Córcega natal y el fino soplo de la Toscana!... Después son los cien días, Waterloo... y Santa Elena.

El Emperador medita, vencido, pero como un héroe de testimonios irrecusables, de profecías sangrientas. Es el despertar de su crepúsculo, el amanecer de



su óbito. Oidle, mientras añora el tiempo en que—como de sí mismo dijo—«era grande y de cien codos alto».


Estas REFLEXIONES son el testamento político y social de aquel César de las Pirámides y de Austerlitz. Notaréis en ellas contradicciones; la repetición de algún pensamiento. No hemos querido omitir ni unas ni otras, para mejor conservar el postrer rasgo de una vida tan desmesuradamente intensa.

JOSÉ VEGA.





I

 **C**ASI ninguno es débil sino por pereza o por desconfianza de sí mismo. Desgraciado el que lo es por ambas causas juntas. Si se tratase de un particular, será un ente ideal y



nulo; si se trata de un príncipe, está irremisiblemente perdido.



Del talento al buen juicio, hay una distancia inmensa.



He cometido durante mi vida muchas faltas. Pero la que más me hace sufrir es la de haberme entregado a los ingleses.



Diez hombres que hablan producen más ruido que diez mil en



silencio. He aquí el gran secreto de los charlatanes de tribuna.



En casi todos los tumultos populares hay dos especies de hombres: los que los promueven y los que se aprovechan de ellos.



Cuando llegué a jefe del Gobierno, establecí mi consejo en mi propia cabeza, y no me equivoqué. Sin embargo, me equivoqué siempre que di oído a otros consejeros.





Si la masa de un pueblo se corrompe, las leyes son inútiles al no apoyarse en la fuerza.



No me agrada el término medio en las artes, pues si no se es en ellas sublime, se es siempre mezquino.



Las instituciones representativas son débiles. La acción del que manda se entorpece. He aquí un gran obstáculo para luchar con enemigos arbitrarios y poderosos.



Cuando Mitrídates fué derrotado, errante y fugitivo pensaba aún en la conquista de Roma. Siempre ha sido para mí aquel hombre objeto de veneración.



El cáncer del cuerpo político es el egoísmo y la falta de pudor en las costumbres.



Siempre que he usado del derecho de perdonar, he tenido motivo para arrepentirme de ello.





He enriquecido a mis oficiales. No supe prever que a un hombre enriquecido le resulta penoso dejarse matar en los combates.



Hay hombres que se creen capaces de gobernar porque se ven a la cabeza de un pueblo.



Cuando me propuse entrar en España, no conocía el espíritu de esta nación. Los magnates me habían solicitado y el pueblo me arrojó.



La religión debe ser la base principal, si el país ha de ser bien gobernado.



Entre las personas que buscan la muerte, hay muy pocas que la hallen cuando les vendría bien.



Un monarca debe velar cuidadosamente para que la repartición de las riquezas en su país no sea muy desigual. De este modo, no tendrá pobres a quienes reprimir, ni ricos a quienes disimular.





La libertad política no es más que una farsa inventada por ciertos gobernantes para engañar a los pueblos.



La fortuna se divierte muy a menudo con los hombres, y es preciso convenir que bajo este respecto dispone graciosamente los sucesos del mundo.



A ninguna nación puede gustar el yugo inglés, porque ningún pueblo puede resignarse a soportar orgullos artificiosos.



Nunca el que manda está bien servido sino cuando los que deben obedecer conocen que es inflexible.



Generalmente, el pueblo tiene buen juicio hasta que se lo pervierten los declamadores.



Es el mundo un gran teatro, en el que por cada Molière hay diez hipócritas.



Mis soldados no fueron los que me faltaron a mí; yo sí que les falté a mis soldados.





Cuando intenté desembarcar en Inglaterra, era en todo gigantesco; no sólo tuve que construir los buques, sino hasta los puertos.



Si la *Iliada* de Homero hubiera sido escrita por algunos de su tiempo, nadie se hubiera acordado de ella.



La irresolución de los príncipes es para la marcha del gobierno lo mismo que la parálisis para la acción de un enfermo.

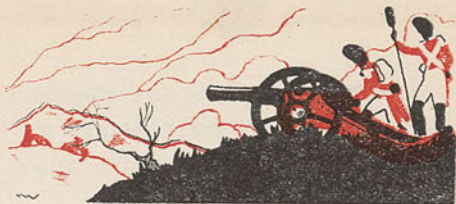


He sido muy alabado, como todos los príncipes que hacen algo extraordinario; pero yo siempre he sabido lo que valía en realidad.



Los que buscan la felicidad en la disipación o en el fausto, y no en la gloria, preferirían el resplandor de una bujía a la gran claridad del sol.





II



Los hombres del vulgo buscan a los grandes por su poderío, no por sus personas; y los grandes los acogen por vanidad o porque los necesitan.



El obstáculo que tiene el régimen municipal es no ser bastante monárquico, pues separa demasiado a los ciudadanos del gobierno.



Siete sabios contaba la antigua Grecia; la Europa de hoy no cuenta ni siquiera uno.



Gran ventaja lleva el necio al hombre de talento; siempre aquél está contento de sí mismo.



¿Queréis saber cuántos son vuestros amigos? Caed en la desgracia.



El justo es la imagen verdadera de Dios sobre la Tierra.



Moneda de conveniencia es el valor; hay hombres que marchan a buscar heroicamente la muerte entre las filas enemigas, que temblarían a la vista del verdugo. También hay falsos valientes, y éstos se parecen a los verdaderos como los tantos del juego a la mo-



neda. Efectivamente, el valor es una calidad innata, que nadie puede darse a sí mismo.



Los que buscan los honores hacen lo que los amantes; después de la posesión del objeto amado no encuentran el mismo mérito en lo que más han codiciado.



Es la Francia una mina inagotable; yo lo he presenciado en 1812 y 1815. Basta dar con el pie en su suelo para hacer brotar ejércitos y



tesoros. Un pueblo semejante no puede ser subyugado jamás, ni desmembrado su país.



Los reyes son como los maridos engañados, siempre los últimos en saber el mal papel que les hacen desempeñar sus consejeros.



Con valor y perseverancia todo se puede emprender, mas no se puede hacer todo lo que se desea.





Quando se ejerce la justicia contra el malvado, es una satisfacción a la virtud.



Las almas fuertes huyen del deleite así como de los escollos huye el piloto.



Hay muchos que prefieren a la gloria la riqueza; éstos son unos disipadores que toman prestado a usura y se arruinan satisfaciendo no poco interés.



Las ceremonias exteriores son respecto del culto religioso lo que el esplendor respecto del poder. Nunca es el más bueno el que mejor aparenta serlo.



Siempre he preferido la fuerza del raciocinio a la elocuencia del estilo: más valen los hechos que las palabras.



Las costumbres nos condenan a hacer muchas necedades; pero la más fatal sería sujetarse a ellas como esclavo.





Nunca ha sido el gran número el que ha proporcionado la victoria. Alejandro tuvo la gloria de derrotar 300.000 persas con sólo 20.000 macedonios. Las empresas más difíciles han sido siempre las que mejor me han salido.



Nunca he podido leer por entero una sola página de Tácito. Todos sus escritos no son más que delirios. Cuando leo a Polibio me instruye y me embelesa, porque no es de los declamadores.



La osadía y el valor afirman los tronos; pero la cobardía y la indecisión los hacen vacilar por último.



La tragedia no está fundada sobre la semejanza exacta de la naturaleza. Yo siempre he preferido el grupo de Laocoonte al desenlace de Rodoguna.



Hobbes fué, sin duda, el Newton de la política, y su sistema está en la misma Naturaleza.





El orden material es en extremo escaso y limitado. Haciendo consideraciones hacia la moral es como yo he penetrado la política y la guerra.



El mejor resorte de acción es la fuerza militar concedida por la ley y dirigida por el talento: con sólo demostrar su objeto, basta para disipar toda contradicción y dar impulso al poder. ¿Qué importan las arengas de los descontentos cuando en el mundo hay firmeza? Se obliga al que no obedece a no traspasar la línea que se le señala, y



con el tiempo todos se habitúan a respetar el orden. Entonces basta levantar la espada, para que los díscolos se oculten bajo el polvo.



La falta de justicia es casi siempre un asunto de partido. En tiempo de revoluciones se puede ser un héroe, o un bandido. El mismo camino lleva a la gloria que al caldoso.



Como dirige a los hombres el interés desde un polo al otro, les ins-



pira a todos un lenguaje que se aprende fácilmente sin necesidad de gramática.



Los viejos que conservan los gustos de la primera edad, pierden en consideración lo que ganan en ridículo.



Un pedante es de todo punto insoportable. Un tonto no es más que fastidioso. Así es que nunca he podido comprender a B. I.



Los reyes que han rebajado la corona haciéndose demagogos, no han calculado las consecuencias a que podría conducirlos su actitud.





III



A corrupción y los vicios son inevitables en el estado social, así como las tempestades en la atmósfera: cuando el equilibrio entre el bien y el mal se destruye, la armonía cesa



y sobreviene un cataclismo revolucionario.



La fortuna, después de mi caída, me mandaba morir; pero el honor me mandó conservarme.



El hombre grande es impasible; ya se le prodiguen alabanzas, todo ha de serle indiferente; sólo debe escuchar la voz de su conciencia.



Algunas veces hay personas que insultan obligando; es necesario a



veces huir de ellas por no verse forzado a pedirles satisfacción de sus mismos beneficios.



Tener una noble emulación es para el alma lo que el aire para el cuerpo; prívase a la una de su elemento moral, y de su elemento físico al otro, y cesará todo movimiento.



El que para adquirir reputación practica la virtud, muy cerca está ya del vicio.





La mujer hermosa agrada a la vista. La mujer buena deleita el corazón; la una es una alhaja, y la otra un tesoro de gran valor.



La riqueza de los pueblos no consiste en los tesoros que se tienen, sino en el uso que de ellos sepa hacerse.



Cuando un príncipe ha tenido una flaqueza, se le imputan otras mil; las imposturas se aumentan, los fabricantes de chismes asesinan su reputación, los cuervos literarios se apoderan del cadáver, y la ma-



lignidad le acaba de destruir. Los cuentos más escandalosos se repiten por mil bocas, se acreditan con el tiempo y la Historia los consigna a la posteridad.



En el día se escribe mucho; un poco más de juicio y valdría más que tantos y tantos libros.



Los aduladores abundan, pero nada más raro que encontrar quien sepa usar de la lisonja de un modo noble y cortés.





Al llegar con mi expedición a Egipto no pude menos de sorprenderme de no encontrar más monumentos de su grandeza que las Pirámides y los hornos de *empollar*.



Un monarca y un primer consejero deben anhelar siempre la gloria; ciertos hombres dicen que no es necesario razonar, como la zorra que había perdido su cola.



Cualquiera transacción con el delito es de parte del trono otro delito.



Cuando los derechos de los reyes se disputan y son tratados de preocupados, no pueden ya dispensarse de ser sabios.



Ninguna cosa hay más perjudicial para una buena administración que la especie de responsabilidad, porque ésta no sirve sino para favorecer el poco respeto de las leyes y la mala administración.



Los franceses gustan de lo grande y maravilloso en todo género.





El desgraciado destino de Ney y de Murat no me ha sorprendido; murieron como vivieron. Semejantes hombres no necesitaban de oración fúnebre.



La Francia ha fomentado su comercio y su industria; si quiere decaer no necesita más que volver al sistema de colonia y de empréstitos.



Los epigramas de Rivarol, que he leído atentamente, encierran un gran fondo de razón.



Aun cuando los que gobiernan no creyesen en la moralidad, siempre tendrían un interés en hacer ver que son hombres de bien y que hacen buen uso del poder que se les ha confiado.



El descubrimiento de la imprenta ha hecho necesarios más conocimientos para reinar. La gran dificultad consiste en saberlos dirigir.



Muy pocas palabras se necesitan para encerrar un gran precepto de moral. A veces un pequeño trozo de



antología puede caracterizar una inteligencia de las superiores.



Pueden ridiculizarse las mayores cosas exagerándolas o sacándolas de su quicio. Si Scarron hubiera traducido la *Eneida*, Eneas habría resultado un personaje muy ridículo.



Para que un pueblo pudiera llamarse libre, sería necesario que los gobernantes fuesen dioses, y ángeles los súbditos.



Siempre es de alabar la victoria, venga por habilidad o por fortuna, con tal que se obtenga.



De la literatura nada nuevo hay que decir; sólo la geometría, la física y la astronomía tienen aún que aprender, y esto es obra de muchos siglos.



El edificio social, combatido por todas partes, amenaza una próxima ruina si el poder no le sostiene.





El Senado llamado “conservador”, que se me había hecho adoptar, ¿qué ha conservado? Nada; ha tenido que firmar su dimisión, como yo le di la mía.



Todo mi arte de la guerra se reducía a maniobras estratégicas, y por esto sacaba gran ventaja sobre mis enemigos. Al fin, éstos adoptaron también mi método; mas todo lo gasta el tiempo.



Los franceses recibieron de mí un sistema igual de educación, pues



entiendo que no basta dar leyes a los hombres, sino que es menester preparar a los hombres para recibir las leyes.





IV



E han comparado a muchos
hombres célebres, tanto
modernos como antiguos,
pero yo creo no parecerme a nin-
guno de ellos.





En mi vida he oído música que tanto me entusiasmase como la marcha de los tártaros de Mehul.



Como todo está sujeto a cálculo en esta vida, hasta el bien y el mal se han de pesar en la balanza.



El Gobierno inglés se deshonra coartando mi libertad. He leído con sorpresa en los diarios que yo había sido hecho prisionero; yo me embarqué en el navío *Belerofonte* voluntariamente.



No me cabe duda que mi proyecto de desembarco en Inglaterra hubiera llegado a efectuarse si los asuntos del Continente no lo hubieran impedido.



El hacer las leyes es muy fácil; lo difícil es hacerlas ejecutar.



La unidad de intereses es la que da fuerza a los Gobiernos, y éstos no pueden tratar de dividirlos sin prepararse su ruina.





El Código que he dado a la Francia sobrevivirá a los demás monumentos de mi poder.



Muchos recomiendan los libros a los jóvenes para el estudio de la guerra: excelente medio para tener malos generales.



Poco le sale a uno bien sino lo que hace por sí mismo; buenas pruebas he tenido de ello en los últimos años de mi Imperio.



El valor sin experiencia no suele ser la peor disposición para batir al enemigo. ¡Cuántas veces basta media ración de aguardiente para llevar a los soldados al fuego con buen resultado!



Al darme el Directorio el mando del Ejército de Italia, ningún caso se hacía de éste: falta de víveres, de calzado y de vestuario... No hice más que mostrar al ejército las llanuras del Milanesado, lo puse en marcha, y el resultado fué la conquista de Italia.





Si un oficial no puede hacerse obedecer, es preciso que renuncie el mando.



Si sólo me hubiera contenido con ser un héroe de la Revolución, bien pronto se habría dado fin a mi popularidad; quise más bien dominarla, y lo conseguí porque tenía una espada.



Prusia, que parece poderosa sobre el mapa, considerada política y moralmente es la potencia más débil de las que hoy dan la ley a Europa.



Siempre en los sucesos humanos tiene más parte la casualidad que la prudencia.



En política, lo más necesario es llegar a los resultados; los medios son indiferentes.



El suicidio es un delito de cobardía; nunca puede ser un heroísmo. ¿Qué valor es el que tiembla delante de un revés de la fortuna? El verdadero valor consiste en hacerse superior a las desgracias de la vida.





Si César subyugó tan fácilmente a los galos, fué por encontrarlos divididos con su régimen representativo.



Quince años cabales he dormido bajo el puño de mi espada.



El hombre tiene la facultad de pensar, y éste es uno de sus atributos; pero la razón puede perfeccionarse con la edad, y cuanto más perfecto es el individuo, más responsable debe ser de sus acciones.



Un monarca tiene menos riesgo en hacerse déspota que en hacerse popular. Buen ejemplo nos ha dado de ello Luis XVI.



El mejor medio de conservar el crédito en hacienda es no confiarse nunca a él. Las contribuciones sostienen un Estado; los empréstitos le arruinan.



En los Gobiernos se exige el equilibrio de poderes, pero esto sólo puede servir en tiempo de paz.





La Revolución francesa necesitaba tan sólo tomar su carta de vecindad en Europa; no se trataba ya sino de estipular las condiciones, y yo sólo tenía la voluntad y la fuerza necesaria para hacerlo.



El pueblo inglés es ciertamente un pueblo de comerciantes; pero del comercio nace su fuerza.



Cuando concebí la expedición de Egipto, no fué mi designio destornar al Gran Señor. A mi paso por Malta destruí en veinticuatro horas



a aquellos nobles soldados, que hubieran resistido a todo el poder turco.



Los facultativos se engañan muy a menudo sobre el modo de tratar a los enfermos; unas veces pecan por carta de más, otras por carta de menos.





V



AS riquezas no se han hecho para el militar ni para el magistrado; es menester, por tanto, indemnizarlos con honores y títulos. El respeto que se les tributa contribuye a conservar su



pundonor, que es la verdadera fuerza del Estado.



La policía no es otra cosa que la política disfrazada con andrajos.



Jamás escarmientan los franceses en las locuras de las demás naciones.



Cierto es que Racine copió las bellezas del teatro griego, pero supo darlas tan buen tinte, que no es fácil decidir si se necesitó más



talento para inventarlas que para trasladarlas a una lengua como la francesa.



Si un Gobierno no está fundado sobre bases fijas, podrá tenerse siempre como destructible y debe temerse su ruina.



He visto a algunos reyes familiarizados con el pueblo para ganar su aprecio; ahí está el ejemplo de lo que sucedió a Luis XVI.





La desigual repartición de propiedad que se experimenta, oprime la industria y apaga la emulación. La aristocracia de las grandes propiedades sólo era buena en el sistema feudal.



Poco importa el nombre y la forma de un Gobierno; esto debe ser indiferente. Con tal de que la justicia sea igual para todos, y los empleos, sacrificios y recompensas estén repartidos a cada individuo según su capacidad, el Estado estará bien servido.



Si Augusto no hubiera sido feliz, tal vez la Historia hubiera puesto su nombre entre el de los más atroces malvados.



Nunca he solido dar instrucciones particulares a los generales de mis ejércitos; lo que les mandaba era marchar y vencer.



Un rey nunca debe mostrarse inferior a la desgracia. Siempre debe ser magnánimo.





Después de la batalla de Waterloo, se exigió de los franceses mi entrega a los enemigos; mas los franceses supieron honrar mi desgracia.



Le es muy fácil detenerse a uno cuando va de subida, pero no le es tan fácil detenerse cuando va descendiendo.



En el primer ímpetu un pueblo es poderoso, pero es necesario saberlo contener y dirigir.



En Francia, la república es imposible; los republicanos de buena fe son unos necios; los demás, unos intrigantes.




En una nación, todo partido que no pueda sostenerse sino con el apoyo de las bayonetas extranjeras, está casi perdido.



Todo régimen es bueno cuando se le hace marchar; pero jamás el jefe de un Estado debe hacerse jefe de partido.






El equilibrio es un sueño que es preciso olvidar. La Rusia conservará la Polonia como yo conservé la Italia; porque actualmente es el Imperio más fuerte.



Detesto toda clase de ilusiones; el mundo para mí ha estado siempre en el hecho más que en el derecho.



Los sabios son los que buscan la sabiduría; los necios piensan haberla ya encontrado.



En el teatro se quiere acentuar la virtud por los contrastes del drama; pero, al fin, el mal forma el fondo del cuadro, y en este combate del vicio con la virtud el bien no aparece sino como por casualidad.



En la serie de los grandes acontecimientos de que yo he sido causa, ninguno me ha sorprendido más que ver a un revolucionario consumado y regicida, ministro de Luis XVIII y diputado de la Cámara popular.





Los judíos habían provisto de víveres mi ejército en Polonia; quise recompensarlos, y me pesó; pues he visto que no son buenos sino para vender vestidos viejos.



Mi opinión ha sido siempre que las potencias europeas debían mirar con urgente atención la existencia de las regencias berberiscas.



Lo que me pareció mejor en el ejército ruso fué su bien ordenada caballería. Los cosacos se dispersan



con facilidad. Los prusianos no son buenos soldados. Los que hicieron prodigios de valor en Waterloo fueron los infantes ingleses.



Los aduladores suelen honrar con el título de prudencia la debilidad de un Gobierno, así como los revolucionarios llaman tiranía al rigor.



Muchos generales encontraban mis órdenes impracticables, y al poco tiempo convencíanse de que nada era más fácil, cuando yo les



explicaba los medios de que me valdría para llevarlas a cabo.



Rara vez he empleado espías en mis campañas; mi imaginación lo suplía todo; calculaba bien, marchaba con celeridad, y la fortuna coronaba mis desvelos.



Como en todo influye la suerte, muchos se ven hoy en candelero, no por su valor ni por sus méritos, sino por mera casualidad.



Cuando un soberano abdica la corona, comete una ridiculez; porque realmente abdica desde el día que no ha sabido hacerse representar.





VI



LA generación presente no está bastante adelantada para que los gobiernos hagan todo lo que deban, ni los gobernados todo lo que desean.





La Europa está dividida en dos fracciones: una que quiere los privilegios y otra que quiere conservarlos.



Ninguna cosa hace crecer los batallones como una batalla ganada.



Yo que había hecho a Benjamín Constant tribuno, me vi precisado a alejarle cuando se metió a perorar: un gran forjador de folletos no puede ser escritor muy probo.



Nunca deben buscarse hombres intrépidos entre los que tienen riquezas.



¿Qué puede valer la lógica contra las bayonetas? Cuando todos recurren a este argumento, no basta ser justo, es necesario ser además el más fuerte.



Siempre he visto que entre los hombres que más claman contra la opresión se hallan los que más quisieran oprimir.





Tayllerand y De Pradt creen que es debido a ellos el restablecimiento de los Borbones; esto se debe sólo a una serie de acontecimientos que es difícil de explicar.



Se abusa tanto de la teología, que es respecto de la Religión lo que el veneno respecto a los alimentos.



El pueblo es siempre incorregible, y en todas las naciones se muestra en estado de demencia.



Nadie debe ofrecer sino aquello que tiene voluntad de cumplir, y mucho menos un monarca.



Según se observa, ya no ha quedado derecho de gentes en Europa; así es que los hombres sólo tratan de despedazarse unos a otros como fieras.



Generalmente, el pueblo tiene buen juicio cuando los declamadores no llegan a pervertirlo.





La propiedad de los mares interesa a todas las naciones. El mar no puede ser poseído ni cultivado por una potencia; es un camino verdaderamente público, y toda pretensión a su dominio debe considerarse como una declaración de guerra a las demás naciones.



Los escritores del "Censor" son unos visionarios que sería bueno enviar a Charenton. Pero a semejantes declamadores sólo se les pone freno con una mordaza.



Al presente no soy más que un espectador del siglo; pero nadie sabe mejor que yo en qué vendrán a parar los hechos que presenciarnos.



Todos los constitucionales, dispensándoles un gran mérito, no son más que unos "papanatas". Cuantas constituciones ha habido en Francia han sido violadas, por muchos Licurgos que hayan querido sostenerlas; pues, al fin y a la postre, las constituciones no son más que un pedazo de papel escrito.





Luis XVIII hizo lo que debía perdonando a los regicidas que votaron la muerte de su hermano y parientes; se trataba de un asunto de familia. Pero en cuanto a la traición y otros delitos de lesa autoridad, éstos pedían un tribunal aparte. Yo, en su lugar, no los hubiera perdonado.



El Senado no se acordó de lo que yo era sino cuando me vió vencido: si yo hubiera sido el vencedor me habría dado su voto.



Si la opinión pública se pronunció contra la carta propuesta por el Senado en 1814, fué porque no veía en él hombres que ya habían hecho su agosto especulando sólo a favor de sus intereses.



Una monarquía sin despotismo es tan difícil como una república sin anarquía en los altos empleados.



Quando los amos son bien obedidos no necesitan maltratar a sus dependientes: de aquí puede



colegirse que un rey que no experimenta oposición, naturalmente, debe ser buen rey.



Algunos conozco que si no son viciosos es por falta de ocasión, y pasan por muy virtuosos.



Los reformadores se parecen a ciertos enfermos que se irritan contra la buena salud de los demás; quisieran desterrar todos los platos de que ellos no pueden comer.



Jamás es respetado en la desgracia sino el que sabe conducirse en la fortuna.



Los cobardes huyen a la vista de los valientes; el débil es batido por el más fuerte; he aquí explicado el origen del derecho público.



Es una necesidad afectar el desprecio de la vida; la ley divina nos manda vivir; lo que importa es saber soportar con resignación y serenidad los reveses de la fortuna.





La nación, el ejército y el pueblo; en suma, todos los franceses se acordarán de los acontecimientos pasados, que dieron a reyes y a los pueblos una gran lección para el porvenir.



No he sabido ver en los lacedemonios más que un pueblo intrépido y embrutecido. Muchos entusiastas preconizan los siglos de su gloria, así como algunos devotos son entusiastas de los cruzados.



Regnault era ciertamente fecundo: por eso le enviaba yo a pero-



rar a la Cámara y al Senado; en los charlatanes del día no veo sino oradores pesados y de poco mérito.





VII



Los pensamientos de Pascal son un verdadero “galimatías”; puede aplicárseles lo que dicen de los charlatanes: “muy sabio debe de ser, puesto que no lo comprendo”.





Una de las pasiones de la ambición es la de sofocar los espíritus más resueltos.



Los revolucionarios no son todo lo que se nos figura. Yo he hallado en algunos grandeza de alma y nobleza de sentimientos, y en otros he encontrado lo peor de cuanto es susceptible el corazón humano.



No daba yo tanta importancia al cortesano Decazes; pero hasta el fin nadie es dichoso.



Desde los últimos sucesos, me ha parecido que la mudanza de decoraciones era mucho mayor que la de los hombres.



¡Con cuanta rapidez mudan los tiempos!



¿Quién me habría de decir en la batalla de Friedland, y sobre la balsa del Niemen, que un día los cosacos darían la ley a París, y que los prusianos acamparían en las llanuras de Montmartre?





Un hombre a quien las diversiones pudieran hacerle olvidar su dolor, no se resignará mucho tiempo sufriendo; mas este remedio sólo sirve para los males casi imperceptibles.



Jamás había rehusado mis favores a Josefina; conocía su delicadeza y el interés que tomaba por mi persona.



La tiranía más insufrible es la de los cortesanos.



Las conquistas más importantes del espíritu humano son tres: el juicio por jurados, la distribución proporcional en los impuestos y el libre tráfico. A no ser que los príncipes se vuelvan soberanos locos, es imposible abolir estas tres bases sobre que descansa el edificio social.



Los generales Nay y Labedoyere se dejaron fusilar como unos tonuelos; no sabían seguramente que, en las revoluciones, los que ganan tiempo acaban por ser héroes.





Con motivo de la reacción de Thermidor, el Gobierno no hizo más que suspenderme en mis funciones. Aubay, encargado de darme la orden, me hizo arrestar. Los criados siempre son más ingratos que los amos.



De cuanto se ha escrito de mí y de varios personajes que conmigo figuraron de cuatro años a esta parte, no hay cuatro páginas que digan la verdad. Escritores de folletines tenemos muchos; pero aún nos falta un Tucídides.



En la sociedad hay una clase de ladrones que los tribunales no persiguen aunque le roban al hombre lo más esencial que posee: el tiempo.



Los pueblos dejarían de quejarse si dejasen de sufrir.



He mirado siempre como una debilidad peligrosa el pedir socorro un príncipe al extranjero para sostener su poder sobre sus pueblos.





En Francia hay muchos hombres que se acogen a la Carta cuando tienen miedo, así como el jugador se acoge a su dama cuando no le va bien el juego.



Tanto en política como en aritmética, si se conocen tres cantidades se hallará fácilmente la cuarta; pero debe ésta saberse por cálculo.



Al pueblo es fácil extraviarle hasta hacerle sanguinario y feroz.



Maquiavelo nos da lecciones de cómo se debe uno sostener en las conquistas; yo, francamente lo digo, no conozco otro camino que el de ser más fuerte cada vez.



Ha pasado ya la época de las Repúblicas, bien pronto no quedará ni una en Europa.



Cuando hice mi desembarco en Cannes, se publicaba en los periódicos de París: "Sublevación del general Bonaparte." A los cinco días decían: "El general Bonaparte



entró en Grenoble." A los once días: "Napoleón hizo su entrada en Ligón." Y a los veinte días: "El Emperador Napoleón llegó a las Tullerías." En vista de todo esto, dígame si uno puede fiarse de los periódicos para conocer la opinión del país.



Madama de Stael ha escrito acerca de las pasiones como mujer experimentada. Su estilo nunca es más confuso que cuando quiere parecer ser sublime; ni más hueco que cuando quiere profundizar.



La Aritmética y la Geometría no admiten dudas. Son ciencias que agujonean el espíritu, y por ellas siempre se puede llegar a la verdad.



El mejor aliento que me ha quedado es el de sentirme superior a los hombres que me insultan, y consiste en perdonarles aquellas injurias que me prodigan en mi desgracia.



Luego de mi caída, los escritores que habían estado a sueldo mío me trataron de usurpador. En



el día, el ser escritor es un comercio en el que sólo puede perder el que es consecuente.



Del mismo modo se pierde el aura popular si se comete un pecado venial, que por una grave infracción: el que sabe gobernar no juega nunca su crédito sino sobre un buen naipe.



Todo partido es un compuesto de tunantes y de lobos que se dejan engañar miserablemente.



A un soberano no lo es siempre fácil evitar la guerra, aunque quiera. Cuando se vea forzado a declararla, saque la espada el primero, porque siempre está la ventaja con el primero que se decide a atacar.



Locke, a pesar de todas sus definiciones, no es por ello el mejor lógico.





VIII



Si cuando Tiberio reinaba hubiera tenido revolucionarios en su imperio, no habría dispuesto de tanto tiempo para sus orgías.





Los silogismos ya no están de moda; las cuestiones del día son todas políticas.



El príncipe más completo será el que reúna al proceder de César las costumbres de Juliano y las virtudes de un Marco Aurelio.



Todas las leyes deben ser claras, escritas con precisión y uniformes: el querer interpretarlas es corromperlas y dañarlas.



Después de la catástrofe de Moscú, mis enemigos me creyeron muerto políticamente; pero se equivocaron, pues aún conservaba mi nombre y mi persona, y a los tres meses me volví a presentar con 200.000 hombres.



Al derramarse a manos llenas los honores, es necesario que algunos que no los merecen los recojan. El que se crea con mérito se retira, y no va a ganar una charretera al campo de batalla pudiendo lograrla en una oficina del ministerio.





Si los Filibusteros del siglo xvi hubieran tenido una política igual a su arrojo, habrían podido fundar un gran imperio en la América.



Un monarca caerá en desprecio si se muestra débil e indeciso, y mucho más si se deja arrastrar por un ministro tonto y estúpido.



Siempre, el que más relaciones pueda descifrar en los objetos, será el que más imaginación tenga.



Durante mis campañas de Italia, me azuzaba desde París el Directorio, haciéndome mil reconvenciones; yo, por toda contestación, le solía enviar algunas remesas de plata para que callase, y entretanto mi ejército se hacía dueño de Italia.



Hobbes era un filósofo muy tético. Montesquieu tenía un talento mucho más despejado y más alegre.



Los iniciados en clubs declaman contra los ejércitos permanentes, y son unos extravagantes. Que un



monarca licencie sus tropas, que deje arruinar las fortalezas y pase algunos ratos en leer a Grocio, y es seguro que no reinará medio año.



No me faltaba plata ni oro, pero carecía de azúcar y café; por eso las mujeres melindrosas ponían el grito en el cielo contra el sistema continental.



Un malvado solamente basta para perder una nación: bastantes pruebas he tenido de ello.



Un jefe de partido debe saber aprovecharse del entusiasmo; cada fracción cuenta sus divinidades. El más aguerrido general, si tiene soldados sin entusiasmo no será más que un mal jefe.



Marco Aurelio subió al trono en principios bonancibles, y todas las circunstancias le fueron favorables; por esto vivió y murió con las bendiciones de sus pueblos.



La infantería de Europa siempre fué mala, desde Carlo Magno. Du-



rante mi reinado no hubo un granadero francés que no se creyese capaz de dar una batalla.



Rabelais, imitando al primer Bausto, fingióse loco para burlar mejor las pesquisas de los Tárquinos.



Se ha escrito mucho sobre el "alma". El raciocinio, mejor que todas las argucias, nos aconseja en esta materia más que nuestra comprensión podrá nunca suponer.



Los revolucionarios siempre han sido codiciosos de honores y de riquezas, y para conseguir sus fines cometen las más grandes bajezas e iniquidades.



Tácito, gran declamador, dice que es peligroso dejar la vida al que una vez se ha despojado de ello; yo tengo una funesta experiencia de esto.



Dios puso el trabajo como centinela de la virtud.





La mejor riqueza de un pueblo consistirá siempre en el número de sus habitantes, si éstos son laboriosos, aplicándose a la industria y a la agricultura.



La ley natural no es más ni menos que la luz de la conciencia, o mejor dicho, la ley de nuestro propio interés dirigido por la sana razón.



Algunos creen que es el ingenio quien debe envanecerse de los inventos que más nos sorprenden, y no es así; pues los mayores descu-



brimientos se deben al acaso, y aún a ciertos impulsos mecánicos, y no a la filosofía.



En punto a los sistemas, se debe reservar el derecho de burlarse de ellos al día siguiente de haberlos adoptado, aún cuando no hayan pasado veinticuatro horas.



¿Se me dirá por qué Homero fué alabado por todas las naciones? La razón fué porque cantó las hazañas del primer pueblo de Europa



contra una de las naciones más poderosas del Asia. El único monumento que nos queda de aquella memorable época es el poema de Homero.



Siempre que he visto a Kleber a caballo, me ha recordado a los héroes de Homero. Jamás he visto nada más hermoso que aquel general en el campo de batalla.



Las poesías de Osián me gustan; las ideas fuertes mezcladas con energía y profundidad, me encan-



tan. Puede decirse que Osián es el Homero del Norte, y un poeta consumado que conmueve el alma y la rejuvenece.





IX

SE ha dicho que el general Sarrazín había perdido el juicio; poco debía quedarle cuando desertó del campo de Boloña. Era excelente jefe de Estado Mayor, pero muy caviloso; siempre tuvo mala cabeza.





Siempre me he atendido al juicio concienzudo y sencillo de los hombres que andan por las calles.



Las pasiones grandiosas, representadas en los teatros, agradan; pero cuando van más allá de los límites de lo verosímil, nos hacen padecer porque sobresalen de lo natural.



¡Cuán bien se explicaba Solon! Hasta después de la muerte no se juzga bien el mérito de un hombre extraordinario.



El adquirir gloria, si se analiza, consiste en muy poca cosa. Ser criticado por los ignorantes, alabado por los tontos, aplaudido y silbado por el populacho. Esto es muy poca cosa para envanecer a uno.



Séneca nos dejó dicho: “El que desprecia su vida es dueño de las de los demás.”



Siempre he juzgado del talento de un hombre por el modo de expresarse.





Federico se entretuvo en refutar a Maquiavelo antes de subir al trono; si lo hubiera hecho después, le hubiera refutado mejor. Se conoce que Maquiavelo no había escrito sino para los tiranos de los dramas.



Cuando tomé el Gobierno de las manos de los republicanos, me propuse destacar, lavar y hasta retocar un cuadro de Rafael, que cuatro ignorantes con sus chupcerías habían puesto enteramente desconocido.



En la batalla de Tolosa, Wellington cometió una grave falta. Si Soult se aprovecha de ella o hubiera explotado mejor la posición del enemigo, el ejército inglés hubiera quedado prisionero.



A Temístocles, la Historia le ha conservado su nombre; pero se ignora el de sus envidiosos, a pesar de que sabemos que los tenía.



Es una verdad innegable que las autoridades y las guarniciones de las ciudades deben cambiarse a



menudo; si no se sigue otra máxima, jamás habrá funcionarios activos.



En Europa ya no habrá tropas a sueldo de otras naciones, desde que se pueden transportar con tanta facilidad al campo de batalla.



Un monarca que continuamente esté pensando en sus súbditos y haga consistir su felicidad en hacer la de sus gobernados, ¿en qué novela se hallará?



A la mayor parte de las obras que publican nuestros académicos, se las admira por ser de académicos.



El pueblo bajo no reflexiona: así es que cuando habla de un hombre de algún prestigio, no hace más que repetir lo que quieran otros que diga.



Maquiavelo puede decir lo que guste; yo digo que todas las fortalezas no valen tanto como el amor de un pueblo.





He observado que de cada cien privados de los príncipes, noventa y cinco acaban por ser condenados a muerte.



Cuando se pierda una batalla, o se gane, el verdadero héroe debe jugar una partida de naipes con la misma serenidad.



Nunca se debe marchar en los negocios preocupado el ánimo, ni con pasión: el bien público es la única cosa que debe guiar.



Muchos gritan: “¡Libertad de imprenta!” Dejad rienda suelta a los periodistas, y veréis cuánto ruido meten. Todos los “Vadius” hablarán de gobierno, y hasta los Carítides se creerán suficientes para dar su cucharada. Aborrezco la pedantería.



A los habitantes de Li6n les he reedificado sus edificios, que habían sido destruidos por la revoluci6n; me lo han agradecido, y con eso creo que estamos ambos satisfechos.





Cuando los reyes, en asuntos de gobierno, se dejan llevar por el dictamen de un mal consejero, están en contradicción palmaria con la monarquía.



Después de las victorias de Italia, vinieron a llamar a mi puerta todos los partidos, pero yo me hice el sordo, porque no quería ser instrumento de fracción ninguna.



En todos los sistemas de hacienda se deben disminuir las contribuciones directas, porque pesan



con desigualdad sobre los contribuyentes. Impónganse contribuciones indirectas que castiguen el lujo y el esplendor, y resultará un buen sistema.



En Europa me hacen mucho honor escribiendo de mi persona; creo que estarán escasos de asuntos cuando echan mano de mi nombre para llenar sus folletines.



Si se hallase un libro en que no se encontrase una mentira, sería uno de los libros más raros.





El día después de la batalla de Jena, los generales prusianos me pidieron que les concediese tres días de tregua para enterrar a los muertos. Yo les hice contestar: “que pensasen en los vivos y nos dejasen a nosotros el cuidado de enterrar a los muertos; y que para ello no era necesario conceder treguas”.



Sólo tres cosas se conocen en tres momentos de prueba: el valor en las batallas, la prudencia en el combate y la amistad en la desgracia.



Las riquezas de un hombre vulgar se gradúan por el número de sus amigos. Al literato se le cuenta el mérito por el número de sus enemigos.






X



Los periodistas de Londres han inventado mil anécdotas acerca del estado de mi salud y sobre mi modo de vivir. Tienen imaginación poética; pero es preciso convencerse de que




todo el mundo ha de vivir, hasta los más despreciables insectos.



Intentaba algunas veces hacer renacer cosas de la antigüedad, pero mi entusiasmo no llegaba hasta el extremo de establecer la democracia de los atenienses. El gobierno democrático no ha sido nunca de mi gusto.



Cuando la fortuna no puede dirigirse, es necesario dejarse conducir por ella.



Todos los hombres están expuestos a equivocarse, y los príncipes más que otro alguno. Débeseles juzgar con bastante equidad después de muertos; pero mientras viven, ya es muy distinta cosa.



Todo el mundo se cree con derecho para censurar a los reyes, pero yo jamás he permitido las sátiras. Al médico se le debe pedir que cure la enfermedad, mas no que haga sátiras sobre ella. ¿Tenéis algún método curativo? Recetadlo; si no lo tenéis, callarse es lo más cuerdo.





He creado el espíritu de unión en Italia, el cual sobrevivirá a las revoluciones del presente siglo.



Para hacer la guerra es necesario mudar de táctica lo menos cada diez años. De este modo es como se podrá ser superior a los demás.



Los hombres siempre tienen el mismo corazón y siempre conservan lo mismo. Se han engrandecido sólo en los conocimientos que han adquirido.



El resultado de la batalla de Eylau salió caro a todos los ejércitos, no dando la victoria a ninguno. Fué uno de estos encuentros impensados que suelen acontecer cuando se disputa el terreno. Llegamos a las manos sin haber tomado disposición ninguna, y es bien cierto que yo no lo hubiera escogido para teatro de la lucha.



Un general debe tener el terreno en el tablero. Su talento está pendiente de la elección, para salir bien en una batalla.





El talento lo da la misma Naturaleza; pero no suele darlo donde se puede desarrollar. Y cuando no está en su verdadero sitio, es lo mismo que plantar una semilla en terreno infecundo.



Casi siempre se trata a los ancianos de preocupados; pero más preocupada está la juventud en sujetarse a los caprichos de la moda y, ciegamente, a las impertinencias de la etiqueta.



Los hombres de talento los forma el buen juicio. La presunción y el



amor propio son el viento que, agitando las velas, conduce la nave al puerto.



He seguido la máxima de Epiceto: "Si se dice mal de ti y es con fundamento, corrígete; si no, échate a reír."



Catón fué un majadero en hacerse asesinar por haber concebido temores de ver a César.



Aníbal se hubiera estremecido al oír hablar del paso de mi ejército por el monte de San Bernardo, y



sin embargo, se tiene por una gran hazaña su paso por los Alpes.



Se me ha dicho que Etienne escribe en estos momentos de política. Durante mi mando escribía comedias; siempre ha sido un hombre necesario al Estado.



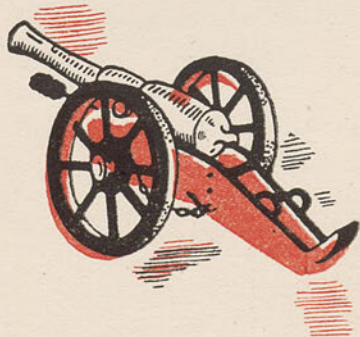
En medio de los campos de batalla, entre los cañones y bayonetas, ¡cuántas veces no he filosofado! ¡Cuántos censores no hubieran hecho lo mismo!



Si alguno desprecia la estimación de sus contemporáneos, será porque no cree merecerla.



Uno de mis últimos golpes de fortuna fué la bala que se llevó a Moreau en Dresde.



EPÍLOGO



A voz del Corso ha enmudecido. De aquellos hechos que conmovieron a las naciones y trastornaron las ideas, al paso del genial capitán, se desprende una enseñanza. La Historia no se repite, pero el recuerdo histórico alumbra con fulgores de futuro—de resurrección—el mundo por donde Bonaparte marcó su huella, su garra. Y ahí lo tenemos, en las breves páginas que acabáis de leer. Son una advertencia, un aviso. Recogen la prodi-



giosa síntesis de ese contraste que da una vida excepcional en su relación con otras vidas relevantes. Y el resumen—y el devenir—de esa relación condensa un fondo de evidentes realidades, aleccionadoras, fuertes, inequívocas.

¡Con qué palabra de verdad nos hablan estas **REFLEXIONES EN SANTA ELENA!**



ÍNDICE

PRÓLOGO	7
I.	13
II.	25
III.	39
IV.	53
V.	65
VI.	79
VII.	93
VIII.	107
IX.	121
X.	135
EPÍLOGO.	145

